El alma no guarda silencios

Verónica David (Vicky Ley)



Presentado por
Poemas del Alma

Sobre el autor

Psicóloga clínica, empresaria, conferencista.

índice

No se apague la vida

Calla boca, alma calla

Calla, enmudece

Mi nombre se fue con ellas

No nos vamos, solo continuamos

Las aguas quietas también tienen una historia que contar

La niña y el piano

Las casas calladas

El yate que desafiaba las tormentas

Deja de ser mi amigo

Era solo un juego...

No te bastó mi piel

Me arrebataste el alma

Y te quedaste perpleja

¿Era yo a quien amabas?

La calle de los poetas olvidados

Unas manos, unos dedos

Algo mojaba mi cara

Un beso, solo un beso

Mi cabeza en la hierba

Demasiado alto volar

Y la noche se hizo oscura

Hija de tu tiempo

Noche bruja de conjuros

¿Quién me prestará unos labios?

Y ya está bueno, mi cielo

Permanezco

Mutiladas violetas

¿Quién detuvo la mañana?

Sol, te puedes ir tranquilo

Había naufragado en la marea

Noche de luna grande

Tan amada, tan rendida

Mi amigo el viento

La poesía infiel

Contando espinas en mis rosas

Frágil burbuja

¿Quién abona tus rosales?

Tan cerca, tan lejos

Cae el telón

De tierra y hierba

No se apague la vida

La vida no se extingue del todo si
también hay memorias que nos
devuelven luz.

No se apague la vida
¡No se apague la vida!
Que no mueran las rosas
marchitadas por el día,
que no agoten los campos
sus frutos y las vendimias.
Que de luto no vistan
las mujeres del pueblo,
ni en sus rostros silentes
se marquen sus heridas.
Que no muera el amor,
que nunca pierda
la mirada interior,
con el descubrimiento:
"tú eres mi otro yo."
No seamos insensibles
al dolor del amigo,
y hasta de aquel andante,
quizás, desconocido.
¡No se apague la vida!
En esta noche silente
la muerte sueña escondida,
con el rostro de un joven
o una madre dormida.
Que la desventura mía
tome distinto camino,
si cargamos silentes
tantas cosas perdidas.
Que volvamos a reír

con aquella alegría,
cuando la vida aún
no había robado
nuestros mejores días.
Y ha dejado un desierto
donde antes había valles
florecidos de trigo
que aún nos prometían.
¡No se apague la vida!
Que nos queda por vivir
mucho todavía;
y de amargo está bueno,
pues de cruces cargamos
nuestros mejores huertos.
Que regresen los niños,
su inocente alegría,
con su luna de queso...
¡y yo me lo creía!
¿Y por qué no creer que
habrá siempre quesos
en las mesas vacías?
¡Que la vida no apague
la luz que antes tenía!

Calla boca, alma calla

El silencio también es forma de comunicarse.

Calla boca, alma calla
Escucho en el silencio tus
labios adormecidos de palabras;
ojos cerrados, carcomidos,
trémulas manos, piel gastada.
Es imposible que no digas nada,
porque en tu silencio adivino todo.
Encierras tu voz, pero no tu alma,
y se me revela tanto en tu mirada...
Calla boca, alma calla;
ocultas al mundo tus enojos.
La vida fue cruel y, en un día,
cambió todo.
Ahora solo escucho
la voz que susurra
un alma a otra alma.
Aquellos sueños,
esos que nos prometimos,
se marcharon descalzos
sin poder tejer de azul
nuestro camino.
Mas ahora todo está vacío;
las ventanas hambrientas
se han comido
los campos henchidos
por el trigo.
Y mil preguntas se han
quedado sin respuestas.
¿Pero para qué cuestionar
la vida?

Cual obra maestra,
nunca será igual
y está llena de sorpresas.

Calla, enmudece

Cuando un adiós puede hacerte sangrar,
lo mejor es el silencio.

Calla, enmudece
Calla, enmudece.
Ni una palabra más
en esta macilenta tarde
en que el cielo desploma
sus lágrimas durmientes.
Calla, enmudece.
No quiero oír este adiós
humedecido que desgrana
mis vencidos rascacielos.
Calla, enmudece.
Déjame ser isla
desierta y sombría,
y así no oír la risa
del fantasma demente
de un adiós inclemente.
Calla, enmudece.
Te vas como llegaste:
quedo... no sé si por
demasiado valor,
o demasiado miedo.
Pero igual te vas,
ostentando esta
bandera derrotada,
y esta lápida absurda
y taciturna... del amor.

Mi nombre se fue con ellas

Como si el veneno tomara
mi sangre para hacerla suya,
bebiendo de a poco
los pequeños huesos.
Y yo, queriendo dormir,
no puedo: es que devoran
por dentro.
Y vi una nube...
tal vez se apiade
de un cuerpo tierno.
¿Pudieran ellas salvar mi espejo,
quizá mi sombra...
una memoria?
Mi mundo marcha a campo
abierto.
El cielo huyendo lejos.
Las aguas claman,
el sol se apaga,
solo unas nubes
que se derraman.
No tengo manos
como ese tronco
perdió raíces,
quedó sin ramas.
Era un poema que
se hizo arena.
Que no se escuche
que el cuerpo quiebra.
Mi nombre se fue
junto a aguas bravas,
y no regresa.

No nos vamos, solo continuamos

La inocente mirada,
los ojos vivaces,
su largo cabello
con coleta alzada.
Se mueve en el viento,
como si la brisa,
amiga cercana,
jugara en su pelo.
Le gusta la playa,
las olas la mecen,
sus espumas blancas
son caricia al alma.
Es que a veces
los niños hablan
con los duendes,
y son como ondinas
que en el mar se crecen.
Los peces curiosos
escuchan las risas,
quieren ser parte
de aquella alegría.
Mas lo puro y bello
se diluye un día,
cuando el hombre cubre
sus ojos con velos.
Su canto deja de ser
canto,
se apagan las luces
del gran escenario.
El dorado pelo
hoy viste de blanco,
como el trigo seco

que el sol ha quemado.
La sonrisa bella
ya perdió sus perlas,
y en su largo viaje se
marchó una estrella.
¿Dónde está mi niña
de pelo dorado,
que jugaba al viento
con su tierno encanto?
Como toda flor,
se irá marchitando,
porque nada queda:
huyeron las risas,
se fueron los cantos.
Hoy, sin saber cómo,
la vida se vuelve
pantomima amarga.
¿Dónde están nuestros
mejores años?
Se encuentran perdidos,
y no sabemos cómo
es que se han ido.
Y como un soplo
de un suspiro ahogado,
muchos de nosotros
ya habremos marchado.
Sin decir adiós,
porque no nos vamos,
solo continuamos...

Las aguas quietas también tienen una historia que contar

Y bebí del mar
su sutileza.
Una mañana quieta...
quizá, demasiado austera.
Como si el mundo
cansado de respirar
se detuviera.
Si solo
un momento
pudieras...
Un poco lejano,
un poco solo.
Cansado de batallas
sin que tú lo decidieras...
Buques de guerra,
como cortando
en dos tu efímera espuma
que sabe a piel.
Cañones, misiles,
destrozando tus oídos.
Amielados...
tus oídos sabían de arrullos;
del leve trinar
de avecillas deseosas
por un nido.
Gotas de lluvia fina...
besaban tu sutil calma.
¿Quién te preguntó
si querías ser parte
de una guerra?
¿Cuántos cuerpos

atravesados
por espadas y misiles
se quebraron?
Desmembrados...
se desvanecieron junto
a tus olas, en interminables
horas.
Por eso estás
quieto hoy.
Y decidiste abrazar
y besar al que contigo
reposa levemente su cabeza.
Regalando aguas tibias.
Aguas aterciopeladas
como zafiros azules
que se han vestido de fiesta.
El sol hoy
te ha mirado,
compasivo.
Se ha ensanchado
su calidez descalza.
Déjame también
a mí... entrelazados,
rendidos...
regalarte algunos
besos.

La niña y el piano

?¿Y esa niña que busca?
¿Quién la ha dejado entrar
en mi casa?
Oye, niña, ¿tú quién eres?
Estás abriendo las puertas...
Estás perdida, ¿cierto?
Pero aquí no está tu madre,
ni tu padre, ni tu abuelo.
Solo estoy yo, mi niña.
Dime si puedo ayudarte
para que encuentres
tu guía.
?No busco a mi madre,
ni a mi padre, ni a nadie
de mi familia.
?Pero, entonces,
¿acaso no estás perdida?
?No, no...
Es que estoy buscando
algo y no encuentro
la salida.
?Vamos, dime,
que te ayudo.
¿Qué es lo que buscas,
mi niña?
?Estoy buscando
mi piano. Es la hora
en que acostumbro
a practicar cada día.
?¿Un piano?
Pero es que yo
no tengo piano.

No lo encontrarás
aquí, por más que
busques, mi vida.
?Es que escuché
un sonido. Era un
piano, estoy segura.
Y de esta casa salía.
?No, no es posible.
Yo una vez tuve
un piano, pero
hace muchos años...
Ya no está.
Nadie toca
en esta casa.
Puedes mirar,
pero no pierdas
tu tiempo ahora.
No hay música
en esta casa.
Yo no tengo
melodías.
Y se marchó
la niña.
Siguió
buscando
y buscando...
Tocando puertas
seguía...

Las casas calladas

El espejo se quebró,
y mis manos con sus llagas.
De escarlata era mi sangre,
que violenta se escapaba.
Pero no creas que dolió:
los cristales me contaban
cómo se dice un adiós
con el agua derramada.
Y yo pensaba en tu amor
y en los cantos de guitarra,
en una voz que me hablaba
de aquellas noches lunadas.
Y vi un fuego con gran furia
que quemaba ya las ramas,
y con lágrimas la gente
poco a poco lo apagaba.
Y quedó el pueblo sin llanto;
la piel, color mortecino,
se hizo viento y se marchaba.
Y me dio miedo la noche,
con muchos ojos perdidos
que sin pupilas miraban.
Y se fueron a la mar
a ver si allí se sanaban.
Pero no encontraron paz
ni dónde tender la cama.
Y desnudos, sin abrigo,
cruzaron la gran montaña.
?¿Adónde se fueron todos,
que las casas van calladas?
?Es que se fue un amor,
con todo lo que quedaba.

El yate que desafiaba las tormentas

Los yates están quietos hoy.
Las olas mecen
tan suavemente...
Pero ellos quieren
andar... navegar
profundamente.
?Anclados junto a
la arena, madre mía,
¡qué aburrimiento,
qué pena!
La vida ya nos
espera,
las islas visten de fiesta;
hay manglares
blancos, rojos... negros.
Madre, quiero vivir
la vida, y yo atado
a esta cadena...
Hay en mi cabeza
un mundo tan vibrante
que me espera.
?Hijo, ten paciencia,
la playa está solitaria...
no hay clientes
en la arena.
Solo dos perros vislumbro
que también portan cadenas.
?Madre, que estoy
muriendo de hastío.
¿No ves que soy joven,
apuesto, y se me
pasan las horas como

si yo no existiera?
Quiero encontrar un
amor, en una isla
cualquiera.
Que las olas más profundas
desafíen mi existencia.
No quiero morirme
solo, no quiero morirme
quieto.
¡Ven, furiosa
tormenta... rétame
en la carrera!
Madre, te has quedado
callada, tu mirada se ha perdido...
y tu cuerpo todo tiembla.

Deja de ser mi amigo

Había caminado por cárceles de asfalto,
mojada por la lluvia tantas veces.
Pero llegó la hora de atravesar la niebla,
aquella sensación de «descubierta».
Me quité los zapatos; nada me ataba.
Era pájaro estrenando plumas nuevas.
No era ilusa, sabía que podía caer
en cada vuelta,
repetir lecciones... desplomar aguas
de sal una y otra vez.
Pero no ahora, ¿sabes?
Me voy.
Mas si quieres acompañarme
en este incierto vuelo...
Quédate, aunque no es fácil,
te lo advierto...
Deja de ser mi amigo
para quedarte conmigo.

Era solo un juego...

A veces el amor entra como juego y se convierte en destino.

Pícaro tú, esquiva yo,
dos locos febriles,
no saben de amor.
Pasión se asomaba,
labios sin un beso...
Un deseo galopa,
es caballo inquieto.
Era solo un juego,
el vino encendió.
La luz renunciaba,
la luna miró.
Jugando a jugar
jugamos los dos.
Y en cada jugada
se pierde o se gana.
Y es que el juego
es riesgo... y ganó
el amor.
Y aprendí que el amor
es fuego.
¿Quién me lo advirtió?
Si quema y desvela
al que lo tocó.
El amor es agua:
turbulenta y rauda,
arrastra las piedras,
te ahoga, permea
y deja sin respiración.
El amor es aire:
un viento con furia,

con fuerza golpea
y a veces te eleva
hasta el mismo Dios.
El amor eres tú, vida,
y también soy yo.

No te bastó mi piel

Decir la piel,
recrear un sueño,
vivir eterna entre
canvas y desvelos.
Plasmar el lienzo
sin tocar el cuerpo;
desnudo mi rubor...
muero de miedo.
Cierro los ojos,
imagino que
me cubren cielos.
No quiero pensar
que aún detrás
del velo se asoma,
indiscreto, mi pecho.
Me imagino diosa
alada, cual Isis inmortal,
amada.
Mientras tu llegada
espero, me siento turbada.
Mas no tardas mucho.
Cruzamos miradas.
Nada se te escapa:
ni la luz que se posa
imprudente en mi cara.
Transcurre el tiempo,
inmóvil mi espalda,
como si entre espinas
estuviese atada.
¡Al fin satisfecho!
La obra es lograda.
Tus ojos tan grises

brillan como espejos;
veo mi silueta
reflejarse en ellos.
Era inevitable: tus labios,
mis labios... se buscan,
se encuentran.
No te bastó mi piel,
solo con pintarla,
y estás atrapado
en tu propia red.
Toma lo que quieras,
que ya estoy perdida.
Y si quieres agua,
por ti soy un río
de corrientes claras.
Si me quieres fuego,
ardo en la montaña,
y si tienes frío,
te presto mi abrigo,
porque, a fin de cuentas,
ya tienes mi piel.

Me arrebataste el alma

Cuando me diste aquel beso,
guardé en las manos
nuestro amor como papel
que el tiempo consumía.
Y sentí que me arrancabas
un pedazo de vida.
Fue un beso largo...
y con un suspiro ahogado
me arrebataste el alma.
Como si con hierro
candente impregnaras
tu estampa, y tu aliento
calara mis venas:
un fuego que no destruye,
pero te permea.
Escuché un quejido,
unas lágrimas mojadas
en tu cara.
Te quise consolar,
¿pero cómo hacerlo
si yo también estaba anonadada?
No siempre el amor será
un cuento de hadas.
Estoy segura de que la historia
había jugado su juego:
«Soy sorpresa inesperada»,
me dijo burlona en su mirada.
Y llegó una furia cruenta,
nos cortó la garganta;
nos quedamos sin sombra.
Se han fugado las horas...

Y esa convicción
nos resultó desgarradora.

Y te quedaste perpleja

Ni siquiera el paisaje
movió tus alas,
ni la tenue luz
que titilaba
juguetona
a través de la ventana...
Y te quedaste perpleja,
vacía la mirada...
buscando respuestas,
aquellas
que no encontrabas.
Tu mente divagó,
el pecho se agitó.
Tus pálidos labios
con leve temblor.
La noche era fresca,
regalaba ese peculiar
olor a hierba,
a flores de azucenas,
a tierra mojada...
Sin embargo,
no aliviaban
la mente turbada.
Quizás has caído,
te has hecho pedazos.
Tus cansados pies,
no encuentran destino.
Pero es que, ángel mío,
jamás se ha apagado
el fuego encendido,
ni jamás detiene
su inquieto sonido,

el viejo reloj.

¿Era yo a quien amabas?

Me besabas los labios,
voz de risa, voz de canto.
Tu abrazo, solo mío,
iba calentando el río.

Tu pecho era mi cama,
y creía en mis sueños
que tu amor era una luz
que se abrazaba a mi alma.

Una pregunta cambió
mis azules a unos grises.
¿Era yo a quien amabas?

Silentes noches quedaron.
Junto a mi puerta, un domingo,
vi sentadas cual guardianes,
las sombras junto a mi vino.

Nadie miraba mis ojos,
que callados se nublaban,
como si fueran de agua.
Ojos que no brillaban
cuando la luna asomaba.

Y un llanto débil, callado,
contenido, se escuchaba.
Ya era tarde, me marchaba
con mi carita lavada.

Mas mi rostro iba de cera
cuando pasé por tu casa.

No detuve más mis pasos
hasta cruzar la montaña.

?¿Y adónde te vas, muchacha,
sin mochila y sin abrigo?
¿No ves que la noche es dura
y hay peligro en el camino?

Mejor toma mi capa,
y que cubra tu extravío,
porque no quiero, mi niña,
que te mueras cerca mío.

Y vi mi yegua zaína,
pastando en la gran colina,
y me dije: «Estoy cerca, estoy viva,
voy segura hacia la Villa».

Y mi cara, ya sin piel,
quemaron mis ojos y mis pestañas,
mas el fuego se apagaba
cuando a mi casa llegaba.

La calle de los poetas olvidados

Era una calle sin nombre.
Una calle que en las noches,
las sombras comían la luna.
No había en ella farolas
que iluminaran quizá,
algunas casas oscuras.
Eternos caminantes,
que se llamaban poetas.
Oscuros ojos.
Labios mudos.
No cantaban al amor,
si no quedaba un latido.
Una música lejana
no alcanzaba sus oídos.
Oscuros ojos,
labios mudos.
¿Algún beso?¿Un suspiro?

Un cementerio cercano
esperaba anhelante
algún nuevo solitario.
¿Quién sabrá lo que
ha vivido?
Un viejo papel
guardado.
Uno que nadie leía...
Eran versos...
mustios,
lentos.
Languidecían.
Oscuros ojos,
labios mudos.

Manos agarrotadas
intentaban sostener
alguna pluma indiscreta.
Noche, déjame escuchar
un canto:
Un murmullo;
un silbido;
un estruendo;
un quejido.
Oscuros ojos,
labios mudos.
Que quiero escuchar
los vivos.

Y recitar estos
versos...
mas no puedo.

¿Será acaso
que estoy muerto?
Allí quedaban las hojas
que se llevaban los vientos.
Y me preguntaba, yo...
¿Acaso habitan poemas
si nadie piensa en sus versos?

Unas manos, unos dedos

Y el calor galopaba
entre tus manos.
Como potro fiero
ya me vencías.
Noches de frío invierno.
Y tus manos
deslizaban lentas.
Iban siguiendo mi sombra,
queriendo quizá
amar...
con paso leve.
Casi agonizo
por verte.
Es que sabes
a hierba,
a lluvia nueva
que amanece
en mis caderas.
Sabes a fruta,
ciruelas, fresas...
Que no se vayan
tus manos,
que no se escapen
tus dedos.
Si quiero tenerlos
presos...
Que no escape
el prisionero.

Algo mojaba mi cara

Me marchaba, ya me iba.
Ocho maletas llevaba;
sabía que no volvía.
?¿Contenta, estás?
¿Contenta?
Me preguntaba la abuela.
Así quise.
Así quiero.
Ese olor...
esta mañana...
Café, sin azúcar,
cultivado bajo sombra,
sabor a frutas maduras.

Algo mojaba
mi cara.
Mis labios
besaron aguas.
Amé aquello
que no
llevaba.

Y miré aquel
paisaje...
¿Por qué llevo
como piedras en la
espalda?
¿Y voy arrastrando
los pies y me cuesta
levantarme?

Algo mojaba mi cara.
Cierro la puerta...
Un suspiro
que imprudente
se me escapa...

No quiero
que vean mis ojos.

Por favor,
que nadie escuche.
Que nadie sepa...
que no vean.
Seguro es
el café...
que me
ha mojado
la cara.

Un beso, solo un beso

Un beso, solo un beso...
mi corazón soñaba con un beso.
Unir mis labios a tus labios
y beber, hambrienta, de tu aliento.
Un tonto anhelo,
a quien nada entrega
un amor a ratos,
que se mueve cual marea.
Tarde comprendí lo insensato
del que vuela raudo en su carrera.
Un beso, solo un beso;
mas no fue suficiente
aquí, en mi cuerpo.
Y luego quería
tu piel, tu vida, tu aliento,
y hasta tu amor infiel.
Pero solo dabas besos
que mis labios no mojaban
un suspiro en una noche
que solo era prestada.
Y tu ausencia me marcaba;
sentí vergüenza en mi cara.
Me marché muy decidida
a devolver mi razón.
Lavando mi dignidad,
pedí perdón al amor.
Recogiendo mis pedazos,
los que olvidé allí, en tu cama,
tomé un rumbo muy distinto.

Porque al final, de ti...

no quise guardarme nada.

Mi cabeza en la hierba

Déjame irme, que quiero
cambiar de rumbo,
donde me vista de rojo
o del azul más profundo.
Y subir hasta las nubes
y en ellas hacer mi cama;
que no despeine mi pelo
el aire de la montaña.
Hoy he vuelto a tener nido
y mi cabeza en la hierba.
Quiero vislumbrar el valle,
sus ríos y sus cascadas.
Mira allá, en aquel cerro,
el ganado en el potrero
y las aves con sus trinos
que van jugando en el cielo.
Hoy he vuelto a tener nido
y mi cabeza en la hierba.
«La luz entra en mi ventana:
ven conmigo al limonero,
que estoy sola y hoy quiero
contarte mi vida y mis cosas».
Y allí pasamos la tarde,
como escribiendo una historia.
La noche abrió su manto
y un olor como de rosas...
Una luz iba sanando
y penetraba las sombras.
Y los ángeles me hablaron,
y dijeron: «No estás rota».
Y tocaba con mis manos
tu cara de luna nueva.

Estoy viva, no sabía...
Mas hoy vuelvo a tener nido
y mi cabeza en la hierba.

Demasiado alto volar

En un cielo color rosa,
allí pudimos soñar:
construir para nosotros
un mundo de suaves vientos,
con nubes que, como diosas,
nos dieran su buen sustento.

Que a través del ventanal
no se vieran los desiertos,
ni calles con un hambriento,
si dondequiera había pan.

No soportó nuestro reino
aquel peso desbordado...
Demasiado ambicionado
para ser un buen destino.

Las nubes de color rosa
nos disolvieron la piel.
El fuego quemó en su llama
nuestro reino de oropel.

Caímos en altamar
y, entre las formas rocosas,
vi un bote naufragar
y lloraba temerosa.

Y yo intenté... y clamé...
Quise salvar todo aquello.
¡Se está esfumando mi vida!

Como la arena, se iba.

Y aquella noche de estío
miré mis manos vacías...
Si solo se oyó un quejido
de mi alma que moría.

Demasiado alto volar.
Reinar...
Eso quisimos.

Y la noche se hizo oscura

Silencio amargo, tus celos.
Tienes el rostro vencido.
Tus palabras y tus cantos
se han caído en el camino.
¿Quién te cura las heridas?
¿Qué sombras en el ocaso
te han partido en dos la vida?
Y se ha fugado tu risa,
porque un mal sueño te dijo
aquella burda mentira.
Y la noche se hizo oscura,
tan oscura que da miedo,
porque se fugó la luna
para no verte desierto.
¿Dónde me llevas, silencio,
si detenido está el viento?
y los pájaros no cantan,
se han caído como muertos.
Mas no hay tiempos otoñales
si estamos en primavera...
¿Y te llevas dos puñales
si vas montando tu yegua?
Y no se mecen las olas,
se está secando la huerta,
y hasta me espanta mi sombra
si mis tinajas van llenas.
¿A dónde vas tan ligero
cruzando la gran montaña?
¿Por qué hay sangre en tu camisa
y yo, helada, voy colgada?
Y ya no llames mi nombre,
no preguntes ni quién soy,
que la gente nada oye,

y yo no sé a dónde voy.
Y la noche se hizo oscura,
tan oscura que da miedo,
porque se fugó la luna
para no verte desierto.

Hija de tu tiempo

Alma hambrienta,
hija de tu tiempo,
obra inanimada,
denostada y solitaria,
no huyas tras el velo.
Silentes alas cortadas
ya ni lloran lo que
ha muerto, porque
de tanto perder,
se ocultó su sentimiento.
Es que el destino atrapa
a las que van solitarias,
y gusta ponerle trampas
a las que se ven cansadas.
Alma hambrienta,
hija de tu tiempo,
de batallas libradas
ya conoce bien tu cuerpo.
Cicatrices has llevado,
caminando sobre el fuego,
y aunque queman las heridas,
tu camino se hace viento.
Alma que se vuelve libre
con la luz dentro del pecho.
Si llevas pinceles firmes,
pinta cuadros de ojos nuevos.
Adelanta, alma guerrera,
el mensaje es claro y cierto:
ya la lluvia hizo eterno
aquel paraje sin dueño.
Escucha ya las campanas,
se oye a lo lejos un canto;

hay un cofre rojo grana
de madera de cerezo.
El mar estrena olas nuevas
y el sol se posó en tu boca
Ya no mirés más atrás...
¡estás cercana a tu puerto!

Noche bruja de conjuros

Una música, un sonido.
Corazones anhelantes,
el vino nunca fue más vino,
perpetuaban las horas
de aquel nido.
No se durmió la piel
si ya quemaba una flama
los prados verdes de estío.
Noche bruja de conjuros:
encontré un corazón...
lo hice mío.
La pasión bastó para que
todo valiera la pena.
Desenfrenado clamor
llenando cada espacio
de esta única escena.
Las nubes tejieron
las blancas camas.

Y bordaron con hilos
de suave plata, marmóreas
lunas... cada pequeño beso
que la hambrienta noche
esperaba ilusionada.
Intangible movimiento
de un legado
que hizo abrigo.
Y las calles
lánguidas por tanto
olvido se vistieron de alivio.
Y todos en el pueblo,
sin saber cómo,

hicieron una ofrenda
al amor:
unos versos nuevos
con nuestra canción.
Noche bruja de conjuros:
encontré un corazón...
lo hice mío.

¿Quién me prestará unos labios?

¿Quién me prestará unos labios,
quién regalará sus besos?
Es que mi amado marchó...
dijo que volvería, mas no ha vuelto.
En aquella noche fría, juró:
«Será corta mi estadía.
Toma este colgante en cruz,
volveré por ti, mi vida».
Y me he quedado tan seca
como aquella rama vieja
que ha caído sin hojas.
Y cruje porque, al tocarla,
fácilmente se quiebra.
Y solo siendo leña sirve,
quemando alguna hoguera.
Tal vez, muriendo se vive
en las cenizas que quedan.
¿Quién me prestará unos labios,
quién regalará sus besos?
¿No ven mis ojos aguados,
que mi alma dejó el cuerpo?
Pero es que quiero unos labios
para poder dar un beso;
los míos se los llevaron
y nunca jamás han vuelto.
Tal vez, muriendo se vive
en las cenizas que quedan.

Y ya está bueno, mi cielo

Un corazón amortajado,
toneladas de cemento y piedras,
unas lágrimas que fueron ignoradas;
dolía hasta mi huella en la alameda.
Y ya está bueno, mi cielo...
Me has ido apuñalando
con tu cuchillo e'madera,
para lenta irme matando
sin percatarme siquiera.
Para este adiós no pretendo
honrarte en la despedida.
No esperes de mí sonrisas,
que bien honda fue mi herida.
Para este adiós yo me debo;
y me debo porque quiero,
que hasta el viento me dio alas
para volar sobre el fuego.
No soy muñeca de trapo,
ni esclava de tus antojos.
Soy de fuego, soy de agua,
soy de sal, soy pura alma.
Y agua bendita traje,
voy a lavarme los miedos.
Que ninguna sombra
empañe lo que me dejaste entero.
Hoy desnudo al fantasma
de la tumba en que viviera.
Si hasta al sol de mi ventana
le dije que no volviera.
Mas al fin tomé las riendas
de aquella condena ajena.
Se la devolví a las olas
y que limpien lo que queda.

Te agradezco que aprendí
a volverme como roca,
intocable como diosa,
y con dignidad, te digo:
Soy espuma de la mar
y de rosas perfumadas,
construida con la luz
de cada mañana clara.
Hoy retomo mis poemas,
mis letras y mis canciones,
y te digo adiós... pero adiós,
de veras.
Porque tú, querido...
¡no merecías mis penas!
Y ya está bueno, mi cielo...

Permanezco

Amigo, me has
pedido que te
hable de cosas
sencillas...
pequeñas...
Esas que
no importan,
pero que son
importantes.
¿Y qué te
parece
si me convierto
en un granito
diminuto
de blanca
y fina arena?
Podría ver
la noche
cómo se
baña de estrellas.
Cada puesta
de sol,
los amaneceres
quietos...
No me perdería
de nada.
Permanezco.
Me bañaría
cuando se acerquen
las olas.
El sol ardería
dorándome

la espalda.
Pececillos
curiosos
jugarán
con mi cuerpo.
Es que, ¿sabes?
Vestida
de arena...
nunca, nunca,
estaré sola.
La lluvia,
suave,
feroz tormenta,
azotarán mi cara.
Me beberán
las aguas...
No importa cuál
sea mi cielo.
Los años no
surcarán
mi cara.
Ni mi dorado pelo
se teñirá de blanco.
Trascenderé
los tiempos...
Despediré
a la muerte
si pretende
asomarse
por mis predios.
Y es que siempre,
siempre...
permanezco.

Mutiladas violetas

?Jardinero, ¿qué siembras?
?Siembro las flores más bellas:
geranios de mil colores,
y perfumadas violetas.
?Jardinero, ¿qué haces?
?Siembro árboles frutales,
que alimenten nuestras mesas.
?Jardinero, ¡estás destrozando
el huerto!
?Estoy quitando la siembra.
La señora quiere establos
para los potros y yeguas.
?Pero las flores tan bellas...
y los frutos ya maduros...
Estoy llorando por ellas...
?No llores, mi niña bella.
La vida cambia,
no espera.
Ya no retengo en mis
manos
lo que la vida se lleva.
No se atrapan los suspiros,
ni un pedazo de este cielo.
Quisiera detener un beso,
la risa de mis pequeños,
ese rayito de sol
que se ha posado en tu pelo...
Pero no puedo, mi niña...
Llevo las manos abiertas.
Y la niña se marchó,
con la mirada perdida.
Y un nudo en la garganta

apretujando su pecho.
Las tiernas manos
temblaban...
y vió la huerta desierta...
y los macilentos ramos
de mutiladas violetas.

¿Quién detuvo la mañana?

¿Quién detuvo la mañana,
cuajando los cielos
de sabor de ajenjo,
caballo bermejo
que anuncia la muerte?
¿Quién arrancó ilusiones:
el hada del cuento,
el príncipe, el castillo
y su espadachín?
¿Quién pintó de escarlata
el azul de los cielos
y con su escalpelo
irrumpió en la estancia,
fabricando viudas,
abortando ansias?
¿Por qué llaman a los niños
si las madres tienen frío?
Y se quebró mi ventana,
el sol se volvió penumbras
para que nadie mirara
el verde de las montañas.
Hay un silencio marcado,
una calle sin destino,
y no entiendo por qué el nido
de su árbol ha caído.

Sol, te puedes ir tranquilo

Conozco tus días
y tus horas.
Sé de ti tantas cosas...
Ese instante
en que besas el agua
y la tarde parece que
enardece.
Y me has besado
tantas veces...
estampando de oro
mi espalda.
Encarno tu dorada
manta...
delicada filigrana,
como ósculo sagrado
que entró por mi ventana.
Me vestiste de oro.
Ese que llevo puesto
cuando voy a la iglesia
o si bailo descalza
una noche cualquiera.
Cuando rezo por ti
en mis mañanas
y agradecida inclino
mi cabeza
por la vida que llevo.
Me acuesto en mi cama
vestida de tu oro.
No es mejor
que el de otros,
pero es el que se queda
cuando no estás conmigo.

Nardos y azucenas
esperan por tu luz
reflejada
sobre agua y arena.
Inmersa en rojos,
naranjas y púrpuras
de tu belleza mansa.
Amigo, puedes marchar
tranquilo...
ya te llevo conmigo.

Había naufragado en la marea

Humanidad rendida ante la vida.
¡Cuánto duele este dolor callado!
Las luces de hermosos escenarios
ocultan este drama inesperado.
Palideces; vuela, pájaro agorero:
tu Gólgota esta noche ha comenzado.
Tu copa no trae vino lisonjero,
y con lágrimas tus ojos me han contado.
Eres fuerte, mas tus manos tiemblan.
Están frías; la muerte no espera.
El silencio se siente en los huesos:
un nudo ahogado destroza tu pecho.
Salgo a la terraza; busco respirar.
Sabor de ajenjo en mi boca hallo;
es que las palabras se han marchado ya,
a ese vacío inmenso de
«todo fue en vano».
Enamorados que vienen y van,
juguetones, tomados de la mano.
El reloj marcando la hora certera...
Oigo música: es algún piano,
y su melodía parece que quema.
La vida continúa sin descanso;
el mundo no pausa ni espera.
Tan solo era una pequeña barca
que había naufragado en la marea...

Noche de luna grande

Efluvio de amor, las manos llenas,
presa de pasión y desvarío,
éxtasis de tus labios, satisfecha,
adalid del destino, dueño mío.

Enciende este mar, toma mi barca.
¡Noche de luna grande, que enloquezco!
En esta hora de los dos, sagrada,
clávame en una cruz, que ya no pienso.
Garfios enredados deshojan mi falda,
bravías las olas, me muevo al vaivén.
Labios de fuego corrompen el alma;
vencida en tu cuerpo, me dejo querer.
Pirata que robas con besos el oro,
primicias que son de niña a mujer.
¡Noche de luna grande, que enloquezco!
Rendida en tu cielo, me entrego otra vez.

Tan amada, tan rendida

En un abisal silencio
inmersos nuestros
mundos,
haciéndose completos.
Y cuando descanse
del absurdo,
de lo insomne,
de lo turbio...
Dejaré mis ropas
en tierra buena,
me quedaré dormida
con un ósculo de lunas
y fugaces estrellas por vestido.

Diáfanos
zafiros y amatistas
adornarán mi anillo.
Y quedaré extasiada,
tan amada,
tan rendida,
tan cubierta...
Que hasta
la muerte
podría llegar...
me besaría
los labios,
me cubriría
de cielos.
Mas marcharía
vacía,
tan inerte
tan vencida.

La impotencia
destrozaría
sus ya, gastados días.
Porque
mi alma...
tiene dueño.
Hace tiempo...
ya no es mía.

Mi amigo el viento

Entrelazados:
un delirio,
un quejido,
o quizás un beso.
En silencio intento saber
lo que su mirada oscura
no permite ver.
No sé lo que guarda.
Buen tiempo ha pasado
y aún no me ha dicho
si en verdad me ama.
Cómplice de siempre,
el viento se asoma.
Me roza imprudente,
reposa en mi cama
y viene a contarme
todo lo que él calla.
Pues parece abeja
que siempre se cuela,
y aunque no lo llamen,
gusta de husmear
en cabeza ajena.
«Él también te sueña.
Inquieto te espera.
Le cuesta admitir
que eres tú su estrella.
Como viejo amigo,
contaré algo más:
que sus destinos,
entrelazados,
han quedado ya.
Y es que su semilla,

traviesa y astuta,
se lanzó cual fiera
y, sin titubeos,
encendió en secreto
el fuego en tu hoguera.
Le pondrás su nombre...
y será la hiedra
que unirá sus vidas
como mar y arena.
Me voy muy de prisa,
pero, como siempre,
vendré pronto a verte.
Porque a los pequeños
los arrullo suave
para que se duerman
junto con su madre.
Y a los muy risueños
les silbo muy quedo,
para que su sueño
guarde un pequeño ángel
que bajó del cielo».

La poesía infiel

La poesía se volvió hiedra.
Me inundó el cuerpo entero.
Bebió de mi sangre
y caló hasta los huesos.
Y yo queriendo
atraparla...
Mas con su amante, el viento...
marchaba...
Le hice collares de luz;
la besaba en mis mañanas.
Iba vestida de tul,
como reina me miraba.
Y en la tierra echó raíces,
se plantó en mi jardín,
y yo, tonta, convencida
de que al fin iba a ser
mía.
Mas con ojos de turquesa
me miró muy fijamente:
?No te aferres,
mi princesa...
deja que la vida corra;
te besaré fugazmente,
pero no me atrapes
hoy.
He querido serte fiel,
pero labios hambrientos
de inefables orgías
y desbordados placeres
me llaman, me envuelven,
me toman, me entregan.
Es que vivo entre letras

de sábanas inquietas.
Me alimento de sueños
que desbordan las febriles
mentes de los llamados poetas.
No intentes que yo me quede.
Es que no te pertenezco.
No me asfixies los días.
?¡Oh, poesía,
cuán infiel eres...
vida mía!

Contando espinas en mis rosas

Nunca supe si en verdad
te amé
o solo fuiste viento
que cubrió las hojas
de nuestro viejo árbol.
Nunca entendí aquel
querer:
siempre hablando
de tus cosas...
ni siquiera supe
si solo querías piel...
Y yo contando espinas
en mis rosas.
Más que un gran amor,
nos cubrimos del frío.
Yo te di mis tristezas
para lavarlas al río.
De mí tomaste la sal,
mas fue poca la alegría.
Y una tarde invernal
sentí que te perdía.
Te di mi mejor sueño,
pero ya estaba roto.
No te bastó tenerme
recostada en tu hombro.
Y yo, huyendo de la gente,
corriendo en escapada,
con mis ojos ausentes
de insomnes madrugadas.
Y yo contando espinas
en mis rosas.
Pero ya no tenía manos;
mis pies no dejaban huellas.

Y mi casa estaba llena
de aquellas memorias viejas
de tantas cosas perdidas.
Es que llegabas de noche
al comenzar el día.

Frágil burbuja

Frágil burbuja
como espuma.
Ocultando placeres
de la noche.
De los citadinos predios
pasajera,
mariposa veloz,
sin pretensiones.
Pasión exhalaban los cuerpos,
agridulce cáliz del amor
sin nombre.
Tus ojos aguados,
sin acordes,
huyendo del letargo
y del silencio.
Frágil burbuja
en traje de seda,
desvanecida en el sudor
del cobre.
En tus alocadas noches
quedas
rendida entre el vino
y el derroche.
Que nadie escuche,
es que nadie oye,
el deshojar de tus flores
de grana.
Nunca pensaste
que el mañana
llegaría, y te hallaría
perdida, las manos vacías.
Ahora tu piel

está marchita;
tu belleza ha tomado
el tren de esos que no regresan
a su punto de partida.
Frágil burbuja
que está rota,
tu costoso perfume
ya no huele
a jazmines y rosas.
Quizás alguien recuerde
tu nombre,
y puede que añore
algún beso.
¿Pero de qué sirve la flor
que mustia quedó
en el jarrón?
Y dos lágrimas negras
asoman,
lentas, pausadas...
sin prisa...
Con sabor a sal,
así como el mar.

¿Quién abona tus rosales?

Y me quisiste, y te quise
¿Quién dudaría que fue grande
este amor?
Pero tus ojos nublaron,
tu piel se volvió de escamas.
Tu boca ya no besaba
mas hería como llaga.
Y crucificaste mi vida,
igual que a aquel inocente.

Sólo yo sé que no miento,
sólo yo sé que una hoguera,
dejo mi cuerpo en cenizas.
Y te volviste de prisa
queriendo cruzar los mares
y yo caía en tierra fértil,
allí aboné tus rosales.

Sigues amando tus rosas
sin saber por qué son rojas.
Sigues llamando mi nombre,
con una mueca en tu rostro.

Quizás pretendes ser llanto,
quizás pretendes ser risa.
Mas nadie contesta, nadie.
 solo el viento que avecina...

Tal vez un eco, un aullido...
se escucha en lontananza.
Y las rosas son muy rojas,
tan rojas como la sangre.

Y nadie sabe por qué,
amas tanto a tus rosales.

Tan cerca, tan lejos

Revoloteas tranquila,
posándote entre flores
de hortensias coloridas.
Quise acercarme
con sigilo... No te marches.
Es de día. Quisiera tocarte,
mas lo sé:
desplegarás tus amarillas alas,
el viento recio
te llevará hasta el cerro. Ya no podré tenerte,
contarte sueños,
inocente criatura
de los espacios sin dueño,
con alas que besó el sol
y un canto secreto
de algún lejano cielo. Quiero abrir mi corazón.
Escucha, quedo: *«Es este amor*
que me consume por dentro.
Aquella noche,
bajo el olmedo,
la luna sonreía,
no se dormía. Aún tengo su pañuelo;
él se llevó mi vida». Y si tornados,
la lluvia fiera,
la llama ardiendo...
arrasaran los campos
y los volvieran desiertos... Ya no estarías, y yo
me iría... Guardaré tu estampa
en esta lágrima cuajada
de perlas engarzadas... Te llevarás secretos,
este anhelo...
el recuerdo de un beso
que se posó desnudo
acariciando mi pelo. Ya no estarías

y yo me iría... Quizá más cerca,
pero tan lejos...

Cae el telón

Descosida la tela
del alma,
roídas las ansias:
cae el telón
en tus entrañas.
Viajero imprudente,
llegó en mal momento;
no lo acunaste,
no agradó a tu cuerpo.
No sabes quién es,
pero es tu propio sueño;
nunca tuvo nombre,
así dolía menos.
Y clavando dos cruces,
tu carne desangran
los velos.
La suerte está echada:
no habrá madrugadas.
Es que un ángel calla,
ha caído desde tu ventana.
El sol se ocultó
allá en la montaña;
quizás por vergüenza
no mostró su cara.
Se secó la lágrima
que apenas mojaba
tu rostro tan joven,
tus sábanas blancas.
El drama termina...
¿o apenas comienza?
Nunca más las perlas
bordaron tu cama,

ni el árbol dio fruto
en la rinconada.
Solitaria añoras
un arrullo quedo
que guardó la luna
junto con un beso.
Cae el telón
en tus entrañas

De tierra y hierba

Pequeños pies reverentes,
unas huellas en la tierra
húmeda, suave, fresca.
Un peculiar olor...
era tierra mojada.
Y me abrazaba mi madre,
aunque ella no estuviera.

Gotas de fina lluvia
habían bañado las rocas.
Gélidas, delicadas,
flores de lavanda,
malvarrosas...

No se vayan todavía,
he ansiado tanto verlas.
Una efímera grandeza
que yo besaba, traviesa.

Y por eso yo amaba:
un instante... un presente.

Me vestí de flores, raíces,
de hojas de los laureles.
Cada paso, cada historia,
se impregnaba en mi memoria.

Cada árbol, cada espiga,
el olor a hierbabuena...
habitaban ya mi cuerpo.

Y de pronto fui tan grande

que hasta tocaba algún cielo.
Y me adueñé de los vientos
y pude volar con ellos.

Y al lecho de aquel río
le devolví raudas aguas.
Y nunca más quedé sola...
sí coexistía ya con ellos.